



Estas historias

Siempre he tenido miedo a los abandonos, por eso he coleccionado tantos.

Solo quien no pide «quédate conmigo» despierta el deseo contrario, lo he aprendido tarde.

Por lo demás, quien no lo pide no tiene necesidad o no le importa: es este el secreto y la burla. La indiferencia, o algo misterioso que se le parece, genera fenómenos de apego formidables. Sin embargo, es un don de la naturaleza, y un talento: no se aprende a estar encerrado en uno mismo, en parte impermeables y nunca del todo accesibles y, por consiguiente, más deseados. Suscita angustia en el otro, incluso. Le hace sentir carencia, no estar a la altura de tanta dedicación. Inadecuado y en una deuda constante. Perseguir es un motor, ser perseguido una huida. Pedir no sirve de nada, ni siquiera si tienes tres años y quieres que tu madre no haga ese viaje. En el amor, lo más útil es no pedir. Cuando, por tu propio bien, desapareces y renuncias.

Es cuando se abandona a la presa —se va uno a jugar a lejos, donde no pueda ser visto— cuando llega la voz de quien te busca. O quizá vuelve. Qué importa. Llegados a ese punto, suele ser tarde.

El romance ha cambiado, o se ha acabado ya.

Sin embargo, la soledad es también donde se da la libertad. Para ser claros, es el precio.





También la pobreza es un requisito de libertad: no conozco a ricos verdaderamente libres.

La soledad y la pobreza son el lugar donde florecen las rosas. Una rosa es una rosa.

(Advertencia: Aunque muchos talentos excepcionales hayan sido incomprensidos y repudiados, no basta con ser incomprensidos y repudiados para tener talento. No os hagáis ilusiones desorbitadas cuando fracaséis).

En cambio, no necesitar riquezas ni aplausos es verdaderamente aterrador para quien vive de ello y aspira a diario a ello a eso —la aprobación, el consenso—.

Quien no lo anhela o quien, por necesidad o vocación, es indiferente a los halagos, es la medida exacta del conformismo ajeno: una herejía inadmisibles. Por consiguiente: la locura. La desviación. En el mejor de los casos, extravagancia y excentricidad. Esta vez no haré mención a la diferencia entre hombres y mujeres. Lo hago desde hace siglos: me limitaré a confirmar que, si eres una mujer, todo es peor.

Este texto comenzó a gestarse hace mucho. Ni siquiera yo misma sé cuándo empecé a oír las voces de las mujeres que aquí hablan. Tenía doce años cuando conocí fugazmente a Dora Maar —la musa de Picasso—. Por aquel entonces, no sabía el significado de la palabra *musa*, pero sentía la compasión en el tono de voz de la gente cuando la mencionaban y habría querido curar aquella oscuridad en sus ojos. Hacerla reír. Curarla con un beso, como hacen y hacen hacer a los niños. Quedarme allí,





con ella, y remediar aquel dolor, y consolarla —aunque, evidentemente, no podía—. Fue un encuentro fugaz, como ya he dicho. Una adulta me llevó con ella, ya que no podía dejarme sola. Yo no era consciente de nada. Después empecé a buscarla en sus trabajos y en sus escritos. Lo he hecho durante toda la vida, y he escrito sobre ella durante años. Mucho. Quizá demasiado.

Coincidí con Amelia Rosselli en una bodega del centro de Roma, cuando era una adolescente. No sabía quién era. La escuché susurrar para sí misma, como cantando, *La libélula*. «Una mujer delgada de ojos grandes, creo que tenía fiebre», recuerdo que le dije a mi padre. Incluso, puede que ni lo recuerde: lo sé ahora porque encontré una carta suya —una carta de mi padre— en la que me citaba, entrecomillando mis palabras, y me pedía que se lo contara otra vez.

Vi a Maria Lai, pero no me atreví a hablarle. Era muy seria. Escuché a Rosa Balistreri de pequeña y me pareció Chavela Vargas —era cuando estudiaba música en el Conservatorio, estaba enamorada del secreto definitivo, último y categórico de la voz y habría querido tenerla como maestra, pero no pudo ser—. Me cautivaron las pinturas de Aloïse, deslumbrantes por su belleza, y empecé a investigar lo que pasaba en los manicomios, ya que ella se pasó toda la vida internada en uno —la encerraron para hacerle callar, para silenciar la verdad. Estaba y sigo estando convencida de ello—. Así conocí a Nise da Silveira, psiquiatra visionaria, y la adoré. Anhelé a los niños feroces de Silvina Ocampo hasta el agotamiento, buscando durante años, en librerías de segunda mano,





sus cuentos inencontrables, para finalmente tener la suerte, un día, de encontrar un libro con una nota suya firmada dentro. Me pareció que estaba en deuda, le debía una respuesta. Me regalaron un boceto de Carol Rama, un desconocido que me escribió «usted debería, sin lugar a dudas, conocer a esta mujer». Nunca llegué a descifrar la firma del remitente, pero hice los deberes a conciencia. Lorenza Mazzetti paseaba bajo mi casa, la casita de aquellos entrañables años. En el bar nunca le hacían pagar el desayuno, yo la veía como una mendiga luminosa y doliente, la loca del barrio.

Estudí los autorretratos en fotografía en otra época de mi vida y, por consiguiente, el misterio de Vivian Maier, la mujer invisible que solo se muestra en el espejo. Quería saber quiénes somos según nuestra propia versión y quiénes somos según la versión de los otros. La identidad y la reputación. Ya se sabe que siempre hay un espejo por atravesar: contemplarse interiormente, hasta el fondo, e intentar pasar de ahí. Difícil. No es un viaje para todos. Después, Margaret Bourke-White, la pionera de entre todas y, por último —muchos años después, en estos últimos años— Lisetta Carmi, a la que he buscado obstinadamente y finalmente encontrado en su casa de Cisternino. Querría mudarme a ese lugar con tal de estar cerca de ella. Dejarlo todo y quedarme allí. Estuve a punto. En cierto sentido pasó, junto a otras maravillas, ese verano.

Todo esto nunca ha tenido relación con todo lo demás de la vida, que avanzaba imperturbable e implacable, en otro





registro, colmado de exigencias cotidianas. Todo esto pasaba al margen del trabajo, de los plazos. En eso que llamamos, curiosamente, «tiempo libre», sin preguntarnos nunca libre de qué. Si es *libre de* o, por el contrario, *libre para*. Y, sin embargo, yo no encontraba la energía para llevar a cabo *mis obligaciones* diarias si no iba cada tanto a mi lugar, ese otro lugar, a ver una exposición, una subasta o una conferencia que me hablara de ellas, de esas mujeres. Para tomar nuevos apuntes, una frase, una línea más, a la que después volver. No podía resistir por un largo período en el «tiempo ocupado» sin buscar sentido y reparación en el «tiempo libre». Iba buscando voces, o mejor dicho, esperaba que las voces me encontraran a mí.

Durante mucho tiempo, ni siquiera pensé si estas personas tenían algo en común entre ellas y, en ese caso, qué sería. Me refiero a por qué elegía escucharlas precisamente a ellas: qué me estaban diciendo. Ellas, y no otros, entre la multitud de personas posibles.

Mucho tiempo después, solo ahora, lo vi más claro. Es como cuando caminas en la nieve o sobre la arena. Mientras lo estás haciendo, no ves el recorrido. Lo descifras volviendo la vista atrás, a las huellas del pasado.

Haber sido prohibida. Excluida. No deseada, que «no se quedara contigo» aquel a quien amabas. Llegar demasiado pronto, demasiado tarde, qué tragedia. Hablar demasiado y de manera indescifrable. Para ser forzada al silencio, denigrada. Haber dado de más. La mala hierba del jardín, inoportuna al lado del decoroso. Tener que ser extirpada





por ello. Origen de la herejía y, por consiguiente, del deseo y la culpa. El deseo *es* culpa. (Siempre encerramos con llave por fuera lo que nos da miedo. Lo que no conseguimos siquiera nombrar de nosotros mismos se lo atribuimos a los demás, junto con la condena. Lo catalogamos como molestia y desmesura. Desviación de la norma. Cómo de serena, tranquilizadora y reconfortante es la norma. Qué cómodo se vive en ella. En la buena fama y la aprobación. El peligro, al fin, no tiene nada que ver con nosotros).

Aunque realmente no sé si es realmente por esto, o únicamente por esto, que las mujeres de las que hablo aquí fueron las que llegaron y se quedaron. Podían haber sido otras o podía haber habido nuevas. Quién sabe. Lo que está claro es que todas ellas querían tener voz. Incluso diría que querían ser vengadas, si esa palabra no tuviera una connotación agresiva. Que se les diera su lugar quizá suene mejor. Querían ser citadas, en el relato y en el canon. Lo único que todos queremos en este mundo: ser vistos, oídos y entendidos.

Ser objeto de consideración. Al final, con eso es suficiente: escuchar que te preguntan «y tú, ¿cómo estás?».

Un día, hace muchos años, mi padre me propuso que le escribiera su esquila. Su estado era delicado y sabía que no le quedaba mucho. Desde la cama y con una sonrisa me dijo: «Escríbela, me gustaría leerla». No lo conseguí. Le dije lo que se suele decir en esos casos: «¿Qué dices, papá? Te pondrás bien y en verano nos iremos de vacaciones a las islas». Después, *después*, reflexioné mucho sobre ese «me gustaría leerla».





También a mí me gustaría leer mi esquelita. Y aun más escribirla yo misma. Y todavía más, poder ser yo quien recitara el discurso fúnebre. Porque en los funerales, que en ciertas culturas —en muchos lugares del sur, por ejemplo— son una fiesta, se reúnen todas las personas que han formado parte de una vida. Las del principio, las del medio y las del final. Personas que, a veces, no se conocen entre sí, o que han sido enemigas, o amigas, o amantes, o extraños. Todos están allí por la misma razón: por una persona concreta. Incluso cuando no acude nadie, cosa que puede pasar, es lo mismo. Las palabras permanecen. Sería precioso estar vivos en nuestro propio funeral. Tener todavía un ratito, antes de marcharnos, para poder despedirnos de todos y decirle a cada uno lo que quede por decir. Los discursos de protocolo son terribles. Convencionales y lastimosos. Solo los niños, a veces, dicen alguna verdad.

Inventivas se titulaba originalmente el cuaderno y, más adelante, el archivo, donde recopilé durante años lo que escribía. Palabras vehementes, a menudo duras, insolentes —a veces es necesario—. Pero siempre fueron palabras libres. Lisetta Carmi, por último, me ofreció la posibilidad, con su conocimiento y amabilidad fuera de serie, de escribir su despedida juntas. Qué días, qué meses fueron —dialogando con ella, el resto del tiempo en aquel círculo mágico detrás de la casa de piedra, en la que todo es último y verdadero: qué aprendizaje y qué regalo—.

A eso se refería mi padre aquel día, camino de la muerte.





Eso era lo que me pedía. Escuchar, asumir, encarnar y devolverle la voz.

Hicieron falta años, trabajo, mucha atención y mucha dedicación.

También fue doloroso, como es normal, en algunos momentos.

Pero, al final —creo y espero— haberlo conseguido, al menos en parte.

